

Blas de Otero : Yahveh visto desde el Siglo de Oro

La mirada que Blas de Otero lanza desesperadamente, con una desesperación cercana a la de la lanza del romano —o a la de Juliano, al aceptar su derrota ante el enigmático Galileo—, hacia la divinidad es muy similar, casi paralela, a la que enviaba hacia el mismo objetivo el campesino del Medievo, horrorizado ante la proximidad del milenio. Pues medievalista es la actitud de Blas de Otero ante Dios, que para él es más zarpa que profecía, más juicio sumarisimo que reino por venir y no de este mundo, más abismo que metáfora...

Ancía, publicado en Barcelona hace catorce años, ha sido objeto de una nueva edición, esta vez a cargo de los esforzados agrimensores que llevan adelante la colección Visor de poesía. A mi parecer, Ancía constituye una de las mejores entregas de Blas de Otero, y en ella quedan patentes la sinceridad del poeta —como en todas—, así como su esfuerzo denodado en pos del dominio del oficio —cosa que ya no queda tan patente en el resto de sus obras—. Pero aquí la sinceridad, de Blas de Otero alcanza sus más altos vuelos —el poeta se enfrenta consigo mismo y con la sequedad de garganta que tal actitud produce—: el punto de mira se acentúa hasta lograr situarlo en la expresión del padecimiento existencialmente cristiano del escritor. Y digo existencialmente cristiano porque el poeta que nos ocupa no se siente lanzado a la nada, sino ubicado en una oscuridad, en la que intuye, terrorífica, la presencia divina, a la que exige cobijo, comprensión, esgrima, ansia y anhelo recíprocos, recíproca soberbia... Blas de Otero no entiende la divinidad como elipsis poética o como remanso ultramundano, sino como presencia inquietante, como mirada triangular restallando indeclinablemente en el alma del poeta. Es esta una inquietud antigua que propició páginas gloriosas en nuestro Siglo de Oro; más cercana a la concepción judaica de Yahveh que a la posconciliar, y que a Blas de Otero le hace marchar un

tanto contra marea. Pero esto no deja de ser un tanto a su favor en momentos de tanto pescador enfebrecido. En los sonetos que integran buena parte de Ancía está, creo, lo mejor de este poeta, antiguo, pero sujeto a una antigüedad honrosa y digna. (Se podría decir que Blas de Otero se ha ganado a pulso su puesto en la historia de la poesía española de posguerra.) No se puede decir lo mismo de su prosa poética, que parece que se le queda algo a trasmano, quizá de una manera algo pueril, bienpensante, primaveralmente ingenua.

No obstante, Ancía, en estos momentos, creo que sitúa de una manera bastante clara, y con una buena perspectiva, el quehacer poético de Otero, contribuyendo a una valoración —si es que no estaba hecha— de este poeta. Sobre todo después de la publicación de **Mientras**. ■ **CHAMORRO**.

Del honor en el teatro español

Acaba de distribuirse una bonita edición de la conferencia sobre este tema pronunciada por Menéndez Pidal en la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura, La Habana, en marzo de 1937. Un texto erudito, centrado en el análisis y comparación de varios dramas, especialmente de Lope. La investigación aclara la antigüedad del tema del honor, reverdecido, pero no planteado por nuestro teatro clásico. Menéndez Pidal estudia los diversos conceptos del honor y su identificación o no con la idea de la fama u opinión ajena. Domina la interpretación de que el honor era un bien social, del que cada hombre era depositario en la parcela que le correspondía, de forma que la reparación debiera ser interpretada como una obligación que el agraviado tenía respecto de la comunidad. Menéndez Pidal no cuestiona esta concepción ni intenta situarla en el cuadro sociopolítico de la época, aunque no deja de ser muy sugestiva la genialidad que concede a Lope de Vega por el hecho de haber atribuido la misma problemática, en «Peribáñez», «Fuenteovejuna» y «El alcalde de Zalamea» —cuyo texto to

taurus ediciones, s.a.

G. E. MOORE

DEFENSA DEL SENTIDO COMUN

Un clásico de la moderna filosofía analítica

HARVEY COX

LAS FIESTAS DE LOCOS

Teología, mundo «hippy» y sociedad de consumo

J. P. QUIÑONERO

PROUST Y LA REVOLUCION

Una aventura insólita y sorprendente en la historia inmediata de nuestra crítica literaria

AMERICO CASTRO

DE LA EDAD CONFLICTIVA

El drama de la honra en España

E. GARCIA DE ENTERRIA

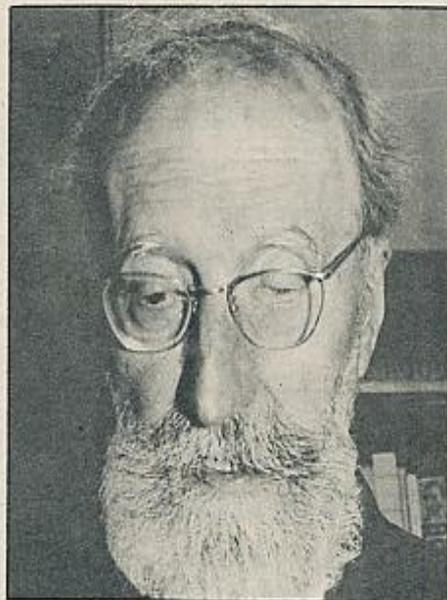
REVOLUCION FRANCESA Y ADMINISTRACION CONTEMPORANEA

La historia de un poder no previsto por los hombres de la Revolución Francesa: la Administración

taurus ediciones

PLAZA DEL MARQUES DE SALAMANCA, 7. MADRID-6

mó Calderón para su más conocida versión—, a personajes villanos. Yo creo que en este tipo de genialidades, aunque el autor es un catalizador fundamental, es imprescindible preguntarse por los procesos sociales que las hacen posibles.



Menéndez Pidal.

También me parece de mucho interés, aunque nuevamente Menéndez Pidal se quede en la ficha literaria, la comparación entre las soluciones de la tragedia y de la comedia. Lo que en la primera parece una solución «inevitable» —la muerte del ofensor—, en la segunda no sólo no lo es, sino que a veces se deja de lado para resolver el problema de modo bien distinto. Se diría que los personajes, al cambiar de género literario, cambian de sociedad. Más aún, y esto es bien clarificador de la famosa identidad fondo-forma, que distintas concepciones de la vida social, y, por lo tanto, de la significación del «honor», conducían a bien diferenciados «géneros». Sólo que, y esta es la cuestión que no aborda Menéndez Pidal, ¿no parece inexplicable desde el punto de vista estrictamente formal esta opuesta manera de abordar un tema como el del honor? ¿Por qué la comedia destruyendo lo que edificaba la tragedia? ¿Qué ocurría en la sociedad

para que esto fuera posible?

El tema es muy importante —recordemos, por ejemplo, las chanzas de Valle sobre el honor calderoniano y el marido del teatro español— en la medida en que perdura, bajo otras formas, en la sociedad española. Todo el «teatro de

tantes que ha tenido la historieta española. Su vida abarca la historia del tebeo español, y sus libros de lecciones de dibujo y su estilo han dado forma a muchos tebeos, al tiempo que otros dibujantes y escuelas seguían el camino emprendido por él. El resultado es que Freixas, demasiado anciano hoy para seguir en la profesión, continúa presente en la historieta española. A Emilio Freixas ha sido dedicada la primera monografía de *Xanadú* (1), que ha aparecido coincidiendo con el VII Salón del Cómic de Lucerna, patrocinado por la Universidad de Roma, que ha rendido homenaje a la obra del autor español.

Emilio Freixas también puede ser considerado como prototipo de la situación profesional del dibujante de historietas: los bandazos de un sitio a otro, en busca de la estabilidad; su acusación de republicano, recién terminada la guerra civil, y su rehabilitación trabajando para los tebeos oficiales; el intento de establecimiento por su cuenta —*El Capitán Misterio*— y la quiebra, en la imposibilidad de competir con la concentración monopolística que se desarrolla a partir de 1950; finalmente, la decadencia y el olvido. *Xanadú*, en este número, pues, recupera el nombre de Freixas, y con él el de todos aquellos de los que hoy se han perdido sus nombres, pero que cumplieron una función social muy definida en los años en que el tebeo fue para los españoles un instrumento de evasión tan cotidiano como hoy pueda ser la televisión.

El número 1 de *Xanadú*, dirigido por Francisco de la Fuente, ex historietista, incluye una extensa entrevista de De la Fuente con Freixas, que es, sin duda, lo más apreciable de la revista. Una bibliografía del autor, preparada por Antonio Martín, complementa perfectamente la imagen de Freixas. El resto de artículos presenta poca coherencia; se olvida gravemente un necesario análisis estético de la obra de Freixas. Igualmente hemos de reprochar a

(1) *Xanadú*. Ed. por Sucesor de E. Meseguer, especialmente para Comundi, S. A. Barcelona, 1971. 21,5 x 30 centímetros. 116 páginas.

los responsables de la revista el hecho de que la historieta que reeditan —*Los Dragones del Tibet*—, con guión de Canelas Casals, publicada en *Chicos*— sea un calco hecho por Freixas, en vez de haber procedido a una selección de color; con setenta y dos años, a la fuerza, el pulso del autor resta la vivacidad que poseía la historieta en su primera impresión: las líneas son temblorosas y se han intentado actualizar los rasgos de personajes y decorados con un efecto lamentable. La segunda parte del número es un «dossier» homenaje de los dibujantes actuales a Freixas sobre viñetas de éste y con textos biográficos de los primeros; interesante muestra comparativa entre el estilo de los años cuarenta y el de hoy, de la que se pueden extraer, así como de los textos, curiosas conclusiones.

Xanadú, cuyos textos están en francés, inglés y castellano, y aún cuando no está decidido su destino, al haber abandonado la agencia Comundi la producción de historietas, dedicará números monográficos a los autores, personajes y publicaciones más relevantes del cómic español y mundial. ■

IGNACIO FONTES.

La sociología ya está en la academia

Y con todas sus posibilidades descriptivas no es difícil encontrar su imagen en la calle entre las personas «me-

dianamente informadas» —y tan medianamente— disparando porcentajes desde la ilustrada computadora de bolsillo. Cierto es, eso sí, que la apariencia crítica que antes poseía va disolviéndose poco a poco en tanto en cuanto se constituye en saber académico o se incorpora a un proceso de «contabilidad social nacional» funcional a las instancias tecnocráticas. Fruto de las primeras conquistas académicas y trabajos de cátedra, van apareciendo en el mercado los primeros textos de los importadores personales del saber sociológico en la última década.

En este contexto académico hay que situar la introducción crítica a la «Teoría sociológica», de Carlos Moya (1), uno de los más agudos —y hábiles— críticos de la propia «razón sociológica» académica. Este enfoque crítico adoptado implica una previa «recepción nacional» del nivel de racionalidad sociológica a criticar. Sin lugar a dudas, los últimos acontecimientos tendentes a la formalización universitaria de los estudios sociológicos y a la legitimación académica —como consecuencia de la propia legitimación ideológica de las instancias tecnocráticas en el poder— de los actuales núcleos de maestros y discípulos, aspirantes ambos a la profesionalidad de «tal racionalidad sociológica», suponen ya un nivel suficiente para que sea deseable señalar la inconveniencia de la demora crítica e iniciarse —a ser posible— el ejercicio de la la misma.

Pero lo que la sociología y los sociólogos puedan significar en este momento conviene entenderlo dentro del contexto histórico-social de nuestra situación nacional en desarrollo y de la voluntad creciente de planificación oficialmente organizada. Esta voluntad y los supuestos sociales sobre los que se alza exigen, dice Moya, una «sociología del desarrollo» dada «la incapacidad de explicar los problemas del desarrollo económico social desde enfoques sociológicos cuya vigencia académica reposa socialmente sobre una situación de super-

(1) Taurus. Colección «Ensayistas de Hoy».

«Comics»: «Xanadú»

Emilio Freixas (1899) es uno de los creadores más impor-